

*ISRAEL Y LOS JUDIOS TRES AÑOS DESPUES.  
JUNIO DE 1967 A JUNIO DE 1970*

El 5 de junio del corriente 1970 se cumplen tres años, o casi mil cien días, desde la que fue llamada «guerra de los seis días», entre Israel y los tres Estados arábigos contiguos de la R. A. U., Jordania y Siria. La conmemoración de una tragedia que va prolongándose sin solución inmediata ni pendiente, está obligando a revisarla en sus dos facetas, internacional y próximo-oriental. Respecto a lo internacional, quienes analizan los orígenes y los resultados de la contienda de junio de 1967, convienen en que lo que la hizo fuente de contradicciones extremas, fue el hecho de que en cierto modo todas las partes beligerantes o vinculadas con los beligerantes, tenían algo de razón y de factores morales a su favor. Por eso, ahora, algún gran órgano de prensa en lengua española ha podido calificar la angustiada situación de la antigua Palestina como «una tragedia sin culpable».

Pasando desde los aspectos simbólicos hasta los materiales actuales, se ve que al cumplirse el tercer aniversario (y aparte el factor de la «resistencia» palestina y que lleva su trayectoria especial), los aspectos actuales de la línea internacional de tensión entre Israel y sus vecinos se polarizan (a uno y otro lado del Canal de Suez) en las situaciones de los dos mayores protagonistas locales (desde un enfoque internacionalista), o sea, Israel y Egipto. Los observadores extranjeros que desde comienzos de este 1970 han visitado Tel-Aviv y El Cairo han coincidido en sus impresiones generales: animadas para el lado israelí y estáticas para el egipcio. En Israel un corresponsal viajero de «ABC» pudo hacer resaltar «un desmedido orgullo, consecuencia de sus continuos éxitos económicos y militares». Pero a la vez se nota por todas partes una gran animación creadora de frenética planificación agrícola, forestal, industrial y urbana... En cambio, respecto a El Cairo, las impresiones son más laxas, mostrándola como «ciudad con las luces apagadas...», y a veces con fatiga que afloja el ritmo vital y hace que las calles

parezcan demasiado grandes». Pero los unos y los otros tienen sus reversos muy diferentes.

Respecto a Israel, después de los famosos seis días se supo que sus gobernantes tenían prisa para ganar, porque no podrían aguantar el gasto y el desgaste de una guerra larga. Hoy el ritmo rápido y denso del crecimiento ultra-técnico se debe también a la convicción de que el tiempo y el espacio son a la larga favorables para egipcios, sirios, palestinos, etc., que tienen más densidad, más paciencia, más gentes y menos necesidades costosas. Eso puede explicar el ritmo lento de las gentes de El Cairo, que no es tanto amargura, como desdén. Y un proverbio local que dice «*Maalech*», o sea: «No importa».

Yendo después más detenidamente a examinar las causas y las fuentes de la actual superioridad material israelí, se encuentra la de que si allí todo está mejor preparado que en El Cairo, en Damasco, en Amman, o incluso en Bagdad, es porque Israel no vive de sus recursos locales, sino de las enormes subvenciones y suscripciones que llegan desde las zonas financieras más potentes del mundo. Así, por ejemplo, en febrero el ministro israelí de Hacienda, Pinhas Sapir llevó desde Nueva York a Tel-Aviv la noticia de que los comités sionistas judíos de los Estados Unidos habían conseguido que Israel recibiese mil trescientos cincuenta millones de libras, que necesitaba para reducir un déficit previsto en su corriente presupuesto.

El comentario más inmediato es el de que Israel es aparentemente perfecto porque dispone de enormes recursos llegados desde fuera; pero eso mismo le hace un poco artificial como si respirase artificialmente; y toda disminución de sus ingresos mundiales puede ser catastrófico. Por ejemplo, cuando tuvo lugar la guerra de 1967, la bien organizada propaganda oficial sionista en Europa, América, etc., provocó unas rachas de simpatía pro-israelí que hizo afluir dinero, materiales técnicos, turistas y otras fuentes de apoyo con las cuales el país se libró de una bancarota que le había amenazado muy seriamente hacia 1966. Además el actual ritmo interno de acción y planificación se está siguiendo en un ambiente de movilización total y seguida de toda la población. Es decir, con una tensión forzosa de guerra interminable que extiende la incertidumbre y la fatiga.

Por otra parte, en el interior de las bases estatales, la estructura ideal y el funcionamiento de los supuestos religiosos, tradicionales, etnográficos, sociales, etc., que dieron origen a Israel como nación independiente, los meses transcurridos del año actual han visto sucederse varios episodios

sensacionales que señalan varias crisis profundas. Sobre todo, respecto al papel de Israel, en los valores de lo judío y el judaísmo, desde dentro y desde fuera.

El primero de aquellos episodios fue la crisis moral que produjo la novísima y paradójica posibilidad de «un judaísmo sin judíos». Más exactamente pudo decirse que la pregunta «¿qué es ser judío?» adquirió dentro de Israel matices desgarradores. Fue en enero y febrero el revuelo provocado por el caso del comandante de marina israelí que tenía una esposa no judía, y cuyos hijos podían tener nacionalidad israelí, pero no ser judíos. Aquello se debía a que según la parte jurídica del Talmud, sólo es judío quien nazca de padre y madre racialmente judíos, o al menos, de madre judía. Pero para resolver el caso del citado marino el gobierno israelí dio un decreto reconociendo como judío dentro del Estado de Israel a todo quien diga que lo es o quiere serlo. Aquella decisión ha destruido de hecho no sólo una tradición de afiliación, sino las mismas bases teóricas iniciales del sionismo y el Estado de Israel.

La Organización Sionista Mundial fundada en 1897, y el Estado de Israel («*Medinat Ischraël*») creado en 1948 se basaban en el supuesto de que originariamente los judíos constituían, sobre todo, un conjunto étnico y un pueblo homogéneo. Aunque su principal signo diferencial exterior consistía en el culto de una religión particular, el hecho religioso quedaba reservado para quienes descendiesen de una variedad humana que había tenido su origen en Palestina y por eso quería regresar a ella. Así el judaísmo era cuestión de herencia más que de creencia. Nadie, o casi nadie, podía «convertirse al judaísmo» (aparte ciertas admisiones especiales y aisladas). Para ser de verdad judío había que nacer judío. Ahora el presidente Salmaan Shazar, la jefe del Gobierno, Golda Meir, y las demás figuras destacadas que imperan en Jerusalén, el establecer el principio extraño de que en Israel sea judío quien así lo proclame, puede contribuir a que masas de judíos religiosos que residen en países europeos, americanos, africanos, etc., tengan que quedar al margen de las trayectorias oficiales de Israel. Puesto que la mayoría de esos núcleos se rigen por sus normas religiosas tradicionales; y son «ciudadanos de religión judía» en Francia, Inglaterra, Canadá, Argentina, Turquía, etc.

Las tendencias a las modificaciones de conceptos y usos en la vida judía, impuestos desde Jerusalén y Tel Aviv, son considerados por muchas personalidades del judaísmo mundial disperso como una herejía; y por otros

como un abuso imperialista por parte de los dirigentes de Israel. Una de las causas es la demográfica, pues si el número total de judíos entre todos los países se acerca a los 14.000.000, y de ellos hay en Israel 2.345.000, parece excesivo que los gobernantes israelíes pretendan dirigir a los de fuera. Israel lo hace porque cuenta con el apoyo de los elementos más ricos e influyentes entre los 5.585.000 judíos de los Estados Unidos. Pero también es en Norteamérica donde desde hace ya varios años han surgido los más enérgicos movimientos de judíos destacados, que se oponen al sionismo israelí y a sus modos de actuar en Palestina.

La más prestigiosa organización que agrupan estas protestas, es el llamado «American Council for Judaism», cuya figura de mayor relieve es el rabino Elmer Berger. Otro antisionista que despliega gran actividad en los Estados Unidos es Moshe Menuhim, padre del célebre violinista Yehudi Menuhim, y autor del libro «La decadencia del judaísmo en nuestro tiempo», que ha sido traducido a varios idiomas. Uno de los puntos esenciales de la argumentación de Moshe Menuhim (y en parte también del rabino Elmer Berger) es la de que si los gobernantes de Israel siguen con su política de orgullo, belicismo y opresión de las poblaciones árabes que viven en los territorios ocupados, parte de la opinión mundial podría identificar a todos los judíos de todos los países con aquellos gobernantes israelíes. Los judíos de la Diáspora podrían atraerse odios, porque se les considerase «agentes de Israel», y así se estropearan sus relaciones amistosas en los países donde han nacido y tienen sus nacionalidades.

En realidad también es cierto que gran parte de los judíos de las diversas minorías religiosas nacionales acá y allá, han visto siempre con agrado la existencia del Estado de Israel como un punto de referencia del judaísmo cultural; y le han ayudado con simpatía y con dinero en los momentos más difíciles. Pero, en cambio, no aceptan que los gobernantes de Israel actúen dictatorialmente sobre los demás núcleos que expresan el porvenir de lo judaico y lo hebraico dentro de lo internacional. De esto fue en abril un episodio ruidoso y esencial el del fallo del proyecto de una visita a El Cairo por el presidente del Congreso Judío Mundial doctor Nahum Goldmann.

Tanto aquel proyecto de visita, como su fracaso previo en vista de la dura repulsa que en Israel expresaron Golda Meir y Abba Eban, fueron actualidades recogidas y comentadas a su tiempo por las agencias generales de información; aunque sólo como noticia curiosa referente al aspecto negativo de que se hubiese malogrado una posible ocasión de «cambios de

vista directos en el camino de una paz posible» entre los gobernantes de El Cairo y una personalidad judía excepcionalmente representativa. Pero aquellas informaciones, publicadas en la prensa de Europa Occidental, sólo se recogieron como facetas o etapas en la evolución del Oriente Medio, y no en su relación con lo interno israelí.

El primer dato a tener en cuenta era la personalidad individual y representativa del mismo doctor Nahum Goldmann. Dicho doctor Goldmann fue una de las figuras salientes del primer sionismo sobre todo idealista y filantrópico; que buscada «un hogar» para los judíos perseguidos o inadaptados, y no un Estado de tipo racista. Procede de una promoción de idealistas donde destacaron nombres como los de Ahad Haam; Martin Buber, el primer rector de la Universidad de Jerusalén, doctor Judah Magnes, y otros hombres eminentes. No obstante, cuando en 1948 se creó el Estado de Israel, Goldmann fue uno de sus más decididos sostenedores; pues aunque Israel nació en forma guerrera Goldmann esperaba que con el tiempo llegase a integrarse equilibradamente en el conjunto del Cercano Oriente arábigo que le rodeaba. Así el doctor Nahum Goldmann, llegó a ser, incluso durante varios años, el presidente de la Organización Sionista Mundial.

En junio de 1968 (es decir, un año después de la «guerra de los seis días») y el doctor Goldmann, hablando en el XXVII Congreso Sionista que tuvo lugar en Jerusalén, pidió para los árabes de las zonas ocupadas por las tropas israelíes «un trato liberal progresista y humano». En apoyo de aquella propuesta podía el doctor Goldmann creer que se tendría en cuenta todo lo que él hizo cuando fue uno de quienes gestionaron y lograron que la República alemana de Bonn accediese a pagar reparaciones en compensación por las matanzas de judíos que afectó el régimen de Hitler. Al abogar en pro de los árabes desposeídos en Palestina, Goldmann seguía su estilo de humanitarismo.

Como no le quisieron escuchar en 1968, él dejó la presidencia del Organismo sionista que aseguraba los enlaces de Israel con la Diáspora, para pasar a ser presidente del Congreso Judío Mundial que tiene su cometido más tranquilo de contacto y colaboración entre los núcleos judaicos de nacionalidades diversas. Pero también propagaba con empeño la idea de que Israel se hiciese «una meta espiritual» del judaísmo religioso (a la vez que del cristianismo y el islamismo), para proclamar después una neutralidad puesta «bajo protección de la humanidad», como una especie de Vaticano hebraico pero sin hostilidad para nadie.

Lo mismo estas teorías que sus relaciones de amistad personal con elementos de la izquierda moderada y centro-izquierda de Francia (así como amistades en núcleos judíos de Europa Oriental, y pasados contactos con Tito de Yugoslavia) hicieron que en París se preparase reservadamente el viaje a la capital de la RAU; que habría tenido lugar, si no se hubiese descubierto antes de tiempo por un periódico indiscreto.

En todo lo que siguió no fueron los hechos principales la desabrida oposición al proyecto de gestión egipcia de Goldmann por parte de Golda Meir; ni tampoco que el portavoz oficial de El Cairo tuviese que desviar las preguntas sobre el caso, por cuestiones egipcias de prudencia y prestigio. La sensación y la novedad estuvieron en las rachas de indignación de la opinión pública israelí contra su propio Gobierno. En el Parlamento, la coalición oficial de partidos llamada «*Maaraj*» logró hacer fracasar dos mociones de protesta que habían presentado los pequeños partidos «Fuerza Nueva» (pan-semítico) y «Rakah» (de izquierda democrata). Pero en las calles hubo tumultuosas manifestaciones de estudiantes; y una encuesta hecha por el diario «*Haaretz*» reveló que el 63 por 100 de los israelíes consultados deseaban que hubiesen conversado Goldmann y Abdel Nasser.

El episodio Goldmann y las referidas reacciones populares, revelaron que dentro de Israel, las tendencias a rechazar las formas dictatoriales de Golda Meir, Dayan, y Yigal Allon pueden repetirse en cuatro sectores de intensidades diferentes.

El primer sector es el de quienes siendo entusiastas de un Israel cerradamente sionista en los programas, y con predominio judío total, tanto en su Estado como en su población, están cansados de la constante tensión bélica, y desean una paz rápida aunque sea renunciando a gran parte de lo conquistado. Este sector no está organizado, y cuenta con simpatías difusas de grupos sueltos, sobre todo universitarios.

El segundo sector es el de las llamadas «extremas derechas tradicionales religiosas» de las dos pequeñas organizaciones cerradamente talmudistas denominadas «Agudatn Israel» y «Poale Agudath Israel». Ninguna ha sido nunca partidaria de la legalidad del Estado israelí, porque fue creado por medios políticos y no por una «esperanza mesiánica». Pero apoyan a los Gobiernos constituidos, en la práctica, aunque con reservas en la teoría.

Tercer sector es el de los que quieren que se conserve el Estado de Israel fundado en 1948; pero no solo, sino coaligado e incluso federado con un Estado árabe palestínés que pudiera comprender las dos riberas del Jordán.

La federación de uno y de otro se basaría en un principio de parentesco árabe-hebraico o «fraternidad semítica». Es la tendencia representada principalmente en el Parlamento israelí por el pequeño partido «Fuerza Nueva» que dirige Uri Avnery (y del cual ya se ha tratado en los dos números anteriores de esta REVISTA).

Cuarto sector es, por último, el que pide un palestinismo total; con la fusión de Israel las zonas árabes ocupadas, y eventualmente Jordania, en un solo Estado con igualdad para judíos, musulmanes católicos, ortodoxos, etc. Dentro de Israel es la tendencia de varios pequeños grupos que defienden un populismo social unido y revolucionario en todo Próximo Oriente. Sobre todo el partido «Rakah» y el movimiento «Mazpen».

Pasando desde los grupos de disconformidad y conformidad restringida dentro de Israel, a los sectores ideológicos de los inconvenientes señalados por los portavoces judíos que en varios países de América o Europa Occidental señalan las necesidades de variar los rumbos israelíes, pueden marcarse tres campos de argumentación. El de que los árabes palestinos no deben pagar a su costa el recuerdo de que muchos judíos fueron perseguidos y exterminados en el Tercer Reich, en la Rusia de los Zares, o en otros países ajenos a los árabes. El de que el Estado de Israel para ser eficaz y quedar arraigado debe quedar coordinado en el conjunto de todo el Cercano Oriente. Tercero, el de que Israel debe dejar de ser cabeza de puente o punta de lanza de penetraciones de grandes potencias mundiales. Los tres campos de objeciones coinciden en que el mayor error mundial del sionismo en Palestina fue haber entrado de la mano de Gran Bretaña después de la Declaración Belfour de 1917; y haber conservado la forma de una penetración colonista de inmigrantes procedentes de Rusia, Polonia, Alemania, los Balcanes, etcétera, en el corazón del complejo territorial arábigo-oriental.

La explicación de los inconvenientes de que Israel naciese, se organizase, creciese y tienda a extenderse como una cuña colonialista, la hizo pocas semanas antes de la guerra de junio de 1967 el profesor parisién Maurice Rodinson, en el libro de testimonios árabes y judíos que se editó por iniciativa de Jean Paul Sartre. Rodinson, que es judío y director de la Escuela Práctica de Altos Estudios en la Sorbona, hizo entonces un estudio objetivo y minucioso que llegó a ser famoso con el título de «*Israel fait colonial*» Rodinson terminaba aquel estudio diciendo que en el Próximo Oriente no servirían ni la guerra ni la paz respecto a los árabes, si la una y la otra se hacían por imposición diciendo a los árabes que tienen la obligación de

aplaudir a sus conquistadores porque éstos están más europeizados, más tecnificados o más «desarrollados».

Respecto a los inconvenientes de que en vez de jactarse de fuerza o de riqueza, los dirigentes sionistas deben procurar ponerse a los mismos niveles de comprensión que sus vecinos, parientes, y hoy adversarios árabes, necesitan comenzar por resolver la cuestión palestina en un plan de igualdad en el diálogo. Sin igualdad y cordialidad no puede haber coexistencia pacífica, sea dentro de un solo Israel o de una pareja israelí-palestinesa. Es algo de lo que apunta, Maurice Bernsohn, presidente de la Unión de Judíos de Francia y Argelia en Israel.

Al final, lo mismo que al principio, una de las más constantes contradicciones del movimiento sionista desde que Theodoro Herzl lo creó en 1897, fue (y en parte sigue siendo) el empeño en considerarse que antes de iniciarse la creación de Israel, Palestina estaba vacía. Se empeñaron en aplicar su lema o «slogan» inicial de «una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra»; a pesar de que en Tierra Santa había un millón de habitantes; y era desde hacía catorce siglos el corazón del denso Cercano Oriente repleto por árabes y arabizados, por kurdos, armenios, turcos, persas, nubios y otras razas diversas.

Esa intransigencia tenaz de no querer reconocer a más pueblo que el suyo, más intereses que los suyos, ni más palabra que la suya, ha sido y es con frecuencia (no sólo entre los sionistas más exagerados, sino entre algunos otros grupos judíos de otros tiempos), una de las causas de persecuciones y violencias. Han dado origen a los recelos anti-judíos y las matanzas especiales o «pogromos» (de Rusia zarista, Alemania hitleriana, etc., etc.); que se llaman «antisemitismo» aunque este nombre sea absurdo, pues los árabes son también semitas, y hay núcleos árabes mucho más semitas que ciertos núcleos judíos.

De todos modos los errores y los abusos que hoy pueden cometerse en Palestina contra los antiguos habitantes musulmanes y cristianos de lengua árabe, por los gobernantes sionistas del Estado de Israel, no son imputables a los millones de quienes con los nombres de «judíos» residen en muchos países del mundo, y son dentro de ellos fieles ciudadanos de religión especial. Esto se aplica también a España, que sigue siendo la famosa «Sefar» o «Sefarad»; cuna originaria de la parte más notable (los sefardíes) dentro del judaísmo multi-nacional. En todo caso, hay que distinguir cuidadosamente al decir «israelí» o «israeliano» (lo cual se refiere a quien tiene la nacio-



alidad del Estado de Israel) e «israelita» que se refiere al perteneciente a una comunidad judía religiosa dentro de un país o una ciudad. Por ejemplo, la comunidad israelita de Madrid quiere decir el núcleo de residentes (españoles y extranjeros) que practican la religión mosaica.

Volviendo a lo local de Palestina y lo regional del Próximo Oriente en relación con la actualidad internacional, es evidente que urge subrayar la distinción entre lo anti-sionista y lo anti-semita (que es un modo deformado de decir «antijudío»). Pueden rechazarse las normas violentas injustas de Golda Meir, Moshe Dayan, etc., como antes las de Ben Gurión, sólo por injustas y violentas, sin tener en cuenta el origen de quienes lo hacen. Puede y debe distinguirse también entre «el Estado de Israel» y el «pueblo de Israel», pues allí mismo hay núcleos disconformes y gentes judías que se sienten engañadas u oprimidas. Hay que tener en cuenta que los mayores opositores y censores de todo lo que en Israel se hace mal, son judíos eminentes de distintos países y distintas tendencias. Con un sentido de la verdad objetiva como hecho esencial en el tercer aniversario desde junio de 1967.

RODOLFO GIL BENUMEYA.

